

descansar un rato en el camino. Pasó por él un hombre á caballo, quien viendo á los padres allí, después de saludarlos y preguntarles dónde iban á posar, sacó un pan, y partiéndolo dió la mitad de él á cada uno, considerando les faltaba mucho que andar. El se fué á su camino, y nuestros peregrinos, habiendo recibido su limosna y visto aquel pan, no se atrevían á comerlo, porque, como me contaron, les pareció que era de solo maíz mal amasado y crudo, por cuyo motivo les podría hacer daño; pero la flaqueza que padecían y necesidad de tomar algun sustento para poder andar, les obligó á probarlo, y habiéndolo hecho, les pareció un pan sabrosísimo y de gusto extraordinario, como si estuviera amasado con queso. Comiéronlo, y se reforzaron para seguir su camino hasta completar la jornada de aquel día.

Continuaron después su viaje, y con la fatiga de él se hincharon los pies al venerable padre Junipero, de suerte que llegó á una hacienda sin poderse tener; atribuyéronlo á picadas de zancudos, por la mucha comezon que sentía, y habiendo descansado allí un día, cuando estaba durmiendo aquella noche, sin sentirlo se estregó demasiadamente un pie, que á la mañana le amaneció ensangrentado todo, con cuyo motivo se le hizo una llaga, que como después veremos, le duró toda la vida. No obstante este accidente, después de haber descansado un día prosiguieron su camino, y la tarde del último día de diciembre del año de 1749, llegaron al santuario de nuestra Señora de Guadalupe; allí pasaron la noche, y habiendo la mañana siguiente dicho misa de gracias á la gran Señora, se fueron para el colegio de San Fernando, que dista una legua escasa.

CAPITULO V.

LEGA EL VENERABLE PADRE AL COLEGIO DE SAN FERNANDO, Y LO QUE PRACTICÓ EN ÉL HASTA LA SALIDA PARA LAS MISIONES DE INFIELES.

Entró en el apostólico colegio de San Fernando de Méjico su nuevo alumno el venerable padre fray Junipero Serra el día 1º de enero del año de 1750, como á las nueve de la mañana, y tiempo en que la comunidad se ocupaba en el rezo. Pasó inmediatamente á la iglesia á tomar primero la bendición del Señor Sacramentado, y habiéndose detenido allí el tiempo que tardaron los religiosos en rezar, salió lleno de júbilo diciéndolo al compañero: "Padre, verdaderamente podemos dar por bien empleado el venir de tan lejos con los trabajos que se han ofrecido, solo por lograr la dicha de ser miembros de una comunidad que con tanta pausa y devoción paga la deuda del oficio divino." Entraron luego al colegio y tomaron la bendición al reverendo padre guardian, quien los recibió con abrazo de amoroso padre, y lo mismo hicieron los demás

religiosos. Uno de ellos, que fué de los primeros fundadores del colegio y muy venerable en él, al abrazar á nuestro padre lector le dijo estas palabras: "Oh, quién nos trajera una selva de Juniperos." Pero el humildísimo varón le respondió: "No de estos, reverendo padre, pedía nuestro seráfico patriarca, sino de otros muy diferentes."

El día siguiente de la llegada al colegio, pidió al reverendo padre guardian le señalase confesor, y le señaló al que entonces era maestro de novicios, el venerable padre fray Bernardo Pumeda, misionero de mucha fama que habia sido cuando se hallaba en España en el colegio de Sahagun, y á la presente lo era en el reino, y gran maestro en la mística especulativa y práctica. Luego que oyó que el reverendo padre guardian le nombraba por director al padre maestro de novicios, dijo: "La acertó el prelado; esto es lo que necesito, hacer el noviciado;" y muy gozoso y fervoroso se fué á presentar al padre maestro, y con toda sumisión le dijo lo determinado por el padre guardian y que por amor de Dios le publicaba lo admitiese como al menor de los novicios y tuviese á bien dejarlo vivir en una de las celditas del noviciado. Respondióle el prudente maestro que con mucho gusto lo admitía por hijo espiritual, respecto á disponerlo así el prelado; pero que su reverencia se habia de sujetar á su doctrina; y así que lo que pedía de vivir en el noviciado era una novedad no practicada en los colegios, que á nadie estaria oculta, "por lo que vuestra reverencia (prosiguió) vivirá en la celda que el venerable padre guardian le ha señalado, como todos los demás, y solo le permitiré que pueda asistir á los particulares ejercicios del noviciado."

Así lo practicó los cinco meses que estuvo en el colegio antes de salir á misiones; y siendo muy puntual al coro y á todos los actos de comunidad, luego que salía de ellos iba al noviciado á rezar con el maestro el oficio parvo, via-crucis, corona y demás ejercicios devotos que practican los novicios y coristas, con lo cual edificaba á estos y él aprovechaba para su espíritu.

Hallábase el colegio cuando llegamos muy necesitado de operarios para el ejercicio de misiones, tanto de católicos como de gentiles, por tener fundadas cinco, hacia seis años, en la Sierra Gorda, y para sostenerlas habia sido preciso valerse de misioneros de los otros colegios, los cuales suplían medio año y se remudaban. Después de días de llegada al colegio nuestra misión, estando el reverendo padre guardian una tarde de asueto en la huerta con otros padres de los que habíamos venido de España, siendo uno de ellos el venerable fray Junipero, expresó el prelado el gozo que habia tenido con nuestra llegada, pues esperaba con esto salir de ahogos y dejar de mendigar operarios de otros colegios; "por que de vuestras reverencias, dijo, algunos se

"animarán á ir á trabajar en las misiones de los infieles de Sierra Gorda."

Al oír esto nuestro fervoroso padre (no olvidando los deseos de este ejercicio que lo habian sacado de su patria y santa provincia), dijo con el profeta: Reverendo padre guardian, *ecce ego mitte me*; y á su ejemplo hicieron lo propio otros muchos, con lo que tuvo sobrantes el prelado para proveer las cinco misiones, dispensándolos por la necesidad, tanto en el año de colegio como en aprobacion, segun lo dispuesto en las bulas ino-cencianas, nombró á ocho de los que habíamos venido de España, y entre ellos al venerable padre Junipero, y á mí de su compañero, dándonos aviso de ello para que nos dispusiésemos y estuviésemos prontos al primer aviso. Luego que el siervo de Dios se vió electo para las misiones de infieles, aumentó sus espirituales ejercicios para estar mejor dispuesto á la voz del prelado.

CAPITULO VI.

VALE PARA LAS MISIONES DE LA SIERRA ORGDA, LO QUE TRABAJÓ Y PRACTICÓ EN ELLAS.

El glorioso y recomendable fin de la conversion de los gentiles y propagacion de nuestra santa fe católica, fué el que obligó al venerable padre fray Antonio Linaz de Jesús á pasar á España en solicitud de la fundacion del colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro, segun refiere la crónica de los colegios (lib. 1, cap. 21, fol. 39 y 40) para que sus religiosos se empleasen principalmente en reducir á los infieles que habitan la Sierra Gorda ó Cerro Gordo.

Este paraje, sumamente áspero, da principio como treinta leguas distante de la expresada ciudad de Querétaro, y se extiende á cien leguas de largo y treinta de ancho, en cuyas breñas vivian los indios de la nacion Pame todavia en su gentilidad, no obstante de hallarse cercado todo de pueblos cristianos. Fundado dicho colegio, como refiere la citada crónica, lib. 4, cap. 1, fol. 253 y 254, salieron dos de los primeros misioneros de los fundadores para dicha sierra á efecto de la reduccion; y habiendo llegado á ella y misionado en los pueblos de españoles que se hallan en sus inmediaciones, les dijeron estaba ya ocupada por los reverendos padres dominicos que habian fundado misiones; por cuyo motivo no se internaron, sino que por la falda de dicha sierra caminaron hácia el Oriente, hasta llegar á otra llamada de Famauripa, que divide el nuevo reino de Leon de la provincia de la Guasteca, y en ella fundaron una misión, que después se entregó para la custodia de Tampico.

Con esta noticia que adquirieron los padres misioneros de Querétaro, ya no intentaron mas el ejercitarse en la reduccion de los indios de la Sierra Gorda, considerándolos ya convertidos. En

esta inteligencia estaban todos hasta el año de 1743, en que habiendo su majestad nombrado para general de dicha sierra al coronel don José Escandon, quiso este visitarla, en cumplimiento de su obligacion; y aunque halló que los reverendos padres dominicos por un lado y los de San Agustín por otro tenian fundadas misiones, vió en el centro un gran manchón de gentilidad de la nacion Pame, que vivian entre breñas aquellos indios, y entre ellos muchos cristianos, que cuando chicos, bajando con sus padres á los pueblos de españoles los habian bautizado; pero solo tenian de cristianos el nombre, y vivian como gentiles mezclados con ellos. Propúsoles dicho señor el vivir en pueblos como los cristianos en sus propias tierras; que les traeria padres que los enseñasen y bautizasen á los que eran gentiles; y conviniendo ellos en todo, dió parte al excelentísimo señor virey, y este á su majestad, quien dió su real orden para que se fundasen ocho misiones, las tres á cargo del apostólico colegio de Pachuca, de reverendos padres descalzos de nuestra orden, y las cinco restantes á nuestro apostólico colegio de San Fernando, dividiendo las unas de las otras el caudaloso rio llamado de Moctezuma, que es el del desagüe de Méjico, el cual cruzando por la Sierra y culebreando por la Guasteca, vacía en el Seno Mejicano.

Dióse principio á esta reduccion el año de 1744, llegando á dicha Sierra misioneros sacerdotes de dicho colegio de San Fernando, cuyo presidente era el reverendo padre fray Pedro Perez de Mezquia, y con ellos el referido señor general don José Escandon; y explorando aquel terreno hallaron cinco sitios proporcionados para las cinco misiones, á los que luego concurrieron los indios comarcanos, y se dejó á su voluntad el ave-cindarse en cualquiera de ellos; y el reverendo padre presidente destinó para cada paraje dos misioneros, los que por medio de los indios naturales y algunos de Méjico ladinos que se agregaron como pobladores, dieron mano á fijar el estandarte de la santa cruz, formar una capilla de palos techada de zacate para que sirviese de interina iglesia, y á continuacion de ella una casa de lo mismo para vivienda de los padres. Los indios tambien formaron chozas de las mismas materias para su habitacion y libertarse de los ardores del sol, y el referido señor general dejó en la principal misión, en el sitio nombrado Jalpan, dedicada al apóstol Santiago, patron de las Españas, una compañía de soldados milicianos con sus correspondientes oficiales, capitán, teniente y alférez, de cuya compañía se destacaron y repartieron por las misiones los soldados que se juzgaron necesarios para escolta de los padres; y concluida la fundacion de dichas misiones, se dedicaron las otras cuatro á la Purísima Concepcion de nuestra Señora, al príncipe y arcángel señor San Miguel, á nuestro seráfico padre señor san Francisco, y á nuestra Señora de la

Luz, y el señor general se retiró para la ciudad de Querétaro, quedando los padres dando principio á la formación de sus padrones, en que constasen los indios que se avecindaban en ellas, cuyo número ascendió á 3840. Indagaron los que confesaban estar bautizados desde su niñez y los que no lo estaban. Instruyeron á unos y á otros de cuanto correspondía por medio de intérpretes, de que servían los indios mejicanos por hallarse instruidos en el idioma, y luego que los hallaban capaces bautizaban á los gentiles.

El reverendo padre Mezquía, religioso práctico en estas fundaciones, por haber sido uno de los que el venerable padre Margil llevó para las de las misiones de Tejas, comenzó á formar desde luego las instrucciones que debían observarse en las de la Sierra Gorda para el régimen espiritual y temporal de ellas, siendo el mismo que se ha observado en las demás misiones de los colegios de la Santa Cruz de Querétaro y nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecos en sus espirituales conquistas, y es en la forma siguiente:

REGIMEN ESPIRITUAL.

Que primeramente procurasen los padres misioneros que cada día al salir el sol se congregasen en el iglesia al son de campana todos los indios é indias grandes, así gentiles como neófitos, sin faltar alguno; que uno de los padres rezase con ellos las oraciones y texto de la doctrina cristiana, y les explicasen en castellano los misterios mas principales, practicando lo mismo por la mañana, luego que los grandes saliesen, y por la tarde antes de ponerse el sol, con los niños y niñas que tuviesen de cinco años para arriba de edad; sin permitir que ninguno faltase á este santo ejercicio; que los catecúmenos y los que se hubiesen de casar, ó cumplir con el precepto anual de la confesion, asistiesen á él también á mañana y tarde, para que fuesen instruidos antes de recibir los referidos santos sacramentos, y que lo mismo se ejecutase con los que olvidaran la doctrina, sin embargo del diario ejercicio.

Que los días de fiesta celasen con grande vigilancia que ninguno faltase á la misa del pueblo, ni á la plática que en ella se debía hacer; explicando el Evangelio ó los misterios de nuestra santa fe, y que procurasen acomodarse con prudencia y discrecion á la rudeza y necesidad de los indios, y que acabada la misa, uno de los misioneros los llamase á todos por el padron, según sus nombres, y que llegasen uno á uno á besarle la mano, con lo que se reconociera si faltaba alguno.

Que á los mas capaces y hábiles exhortasen á la frecuencia de los santos sacramentos, á mas del cumplimiento de la Iglesia, principalmente en las grandes festividades, y á oír misa aun en los días que no son de precepto, dejándolos siempre en su libertad; que en sus enfermedades procu-

rasen visitarlos á menudo, y que fuesen curados y asistidos según lo permite la tierra y con mayor cuidado, que recibiesen los santos sacramentos de que fuesen capaces, y de asistirles para auxiliarlos en su muerte, y que el pueblo asistiese al entierro. Asimismo que pudiesen esmero en componerlos en sus enemistades y litigios, enseñándoles á vivir unidos en la paz y caridad cristiana, sin permitir escándalos ó malos ejemplos en la mision.

GOBIERNO TEMPORAL.

Para conseguir el deseado fin del fruto espiritual, dispuso el citado reverendo padre Mezquía que se procurase el bien temporal de aquellos indios pames, pues faltando este no podrían hacer pié en el pueblo ó mision ni asistir á la misa y cotidiano rezo, porque les sería preciso ir dispersos vagueando en solicitud de comida y vestuario. Para evitar esto, encargó su paternidad que los padres misioneros solicitasen por medio del síndico, á cuenta del sínodo anual que les daba su majestad para su mantencion, agregando á él la limosna de las misas que se les encomendasen, herramientas y demás útiles necesarios para poner en corriente alguna siembra, como tambien algunas vacas, bueyes y demás ganado, para que del fruto de ello se mantuviesen de comunidad, como se practicó al principio de la Iglesia. Así se ejecutó, dando principio, y con el tiempo se fué aumentando, y se lograron algunas cosechas que se repartían á los indios, para ayudar á su existencia en la mision.

El clima de dicha Sierra es muy caliente y húmedo, y por consiguiente contrario á la salud; por lo cual enfermaron en breve tiempo muchos de los misioneros, de los que en pocos días murieron cuatro, y otros se retiraron imposibilitados á la enfermería del colegio, quedando solos dos de los fundadores en la mision. Como este se hallaba entonces tan exhausto de misioneros, fué preciso pedir socorro á los otros colegios de Querétaro y Zacatecas; pero como quiera que iban á suplir por el tiempo de seis meses y cumplidos estos los remudaban otros, no tenían tiempo para aprender la lengua, y esto era de grande atraso para la conquista espiritual.

CAPITULO VII.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO QUE EL PASADO.

Este era el actual estado de las referidas misiones cuando la nuestra llegó de España, y habiendo sido nombrados el venerable padre Junipero y yo de su compañero para una de ellas, salimos del colegio de San Fernando á principios de junio del año de 1750; y aunque de la mision nombrada Santiago de Jalpan, á donde íbamos, vinieron indios ladinos con un soldado de escolta, con

bestias de silla y carga; en atencion á lo dilatado del camino, lo escabroso de la mitad de la Sierra y la falta de agua con todo, quiso mi venerado padre lector fray Junipero hacer á pié su viaje, lo cual á mas de serle muy penoso, le agravó el accidente de la llaga é hinchazon del pié; pero gracias á Dios, habiendo llegado el 16 de dicho mes de junio, tuvimos gran consuelo al ver la alegría con que nos recibieron los indios de dicha mision, que pasaban de mil entre chicos y grandes; pero todos ellos se hallaban tan á los principios, por la falta de inteligencia de nuestro idioma, que ninguno cumplía con el anual precepto de la Iglesia de confesar y comulgar.

Enterado nuestro venerado padre del pié en que se hallaban todavía las expresadas misiones, de las que, por nuestro colegio, quedaba elegido de presidente, se impuso en las instrucciones dadas para su gobierno espiritual y temporal, las que procuró observar y aumentar en cuanto le pareció conveniente y que le dictaba su fervoroso celo.

Y viendo que se hallaban con tanto atraso por la causa expresada, se aplicó desde luego á aprender aquella lengua, para la cual fué su maestro un indio mejicano que se habia criado entre estos pames. Conseguido tan importantísimo medio para el adelantamiento espiritual, tradujo en el idioma pame las oraciones y texto de la doctrina, de los misterios mas principales, y así se empezó á rezar con los indios; y alternando por días, en que se hacía tambien en castellano, con la cual en breve tiempo se impusieron en los misterios de nuestra santa fe y empezaron á confesar en su lengua y á comulgar, cumpliendo anualmente con los preceptos de la santa Iglesia; y el siervo de Dios los movía con sus fervorosas pláticas á que confesasen y comulgasen en las principales festividades, dándoles ejemplo, como otro san Francisco de Sales, confesándose públicamente en el presbiterio, cuando ya estaba en la iglesia toda la gente para la misa mayor los días festivos. Con esto logró su deseado fin; de suerte que ya eran muchos los que confesaban por devocion, pues hubo día que pasaron de ciento las comuniones, otros de cuarenta, etc., y cada año en el tiempo de precepto casi todos lo verificaban: en solo los nueve años que estubo en las citadas misiones, en cuyo tiempo bautizó el venerable padre un crecido número de gentiles, el cual no asiento por no haber tenido la curiosidad de notarlo; pero baste decir que no quedó un solo gentil en todo aquel distrito, sino todos sus habitantes bautizados por mi venerado padre y sus compañeros, y civilizados viviendo en pueblo bajo de campaña.

Para radicarlos en la fe que habian recibido é instruirlos en la religion católica, los impuso en todas las festividades del Señor y de la santísima Virgen nuestra Señora, como asimismo de las de los santos, para lo cual les ponía cuantos me-

dios é inventivas le hacia idear su apostólico celo, siendo su ejercicio casi continuo en las virtudes de caridad y de religion. En todas las festividades de Jesucristo y de María santísima, se celebraba misa cantada y en ella predicaba el venerable padre, explicando el misterio y la fiesta del día, y en las mas principales precedía la novena, á que asistía todo el pueblo. En la Natividad del Señor era esta con misa cantada al amanecer, y el último día acabada la misa, cantaba la calenda y hacía una plática, convidando á todos para que asistiesen á los maitines cantados y á la misa de Gallo: concluida esta, representaban en un devoto coloquio el nacimiento del niño Jesús unos indios de corta edad, á quienes el devoto padre instruyó una parte en lengua castellana y otra en el pame, en aquel gran misterio que representaban con mucha viveza, con lo cual logró, á mas de imponerlos, aficionarlos á él.

En el tiempo santo de cuaresma echó el resto de su devocion para imprimirla en los corazones de los neófitos. Empezaba desde el día de Ceniza con esta santa ceremonia de la Iglesia, á la que asistía todo el pueblo y les explicaba la significacion de ella, acabando su sermón con la exhortacion de que no olvidasen que eran mortales. Todos los domingos de cuaresma no se contentaba con la plática doctrinal de la misa mayor, sino que á la tarde después de rezada la corona de María santísima y cantado el alabado, les predicaba un sermón moral. Los viernes hacía lo propio por la tarde, después de haber andado en procesion el vía-crucis desde la Iglesia hasta la capilla del Calvario, que mandó hacer en una alta loma fuera del pueblo y á vista de la citada iglesia; en cuyo santo ejercicio cargaba el venerable padre Junipero una cruz tan grande y pesada, que yo, siendo mas robusto y mozo, no podía con ella, y en regresándose á la iglesia, concluía la funcion con una tierna plática de la pasion del Señor, á cuya devocion los persuadía.

La semana Santa la celebraba con todas las ceremonias de nuestra madre la Iglesia. El domingo se hacía la procesion de ramos, y así en este día como en los siguientes se hantaba la pasion, haciendo uno dos papeles, porque no éramos mas de dos, y tambien los maitines del triduo: El jueves se colocaba el depósito en el monumento, y tanto en este día como el viernes y sábado se practicaban las demás ceremonias y formalidades de costumbre. A mas de esto añadía varias procesiones, que acababa con algun sermón ó plática. El jueves después de haber lavado los piés á doce indios de los mas viejos y comido con ellos, predicaba el sermón de mandato, y á la noche hacía la procesion con una imagen de Cristo crucificado, con acompañamiento de todo el pueblo.

El viernes por la mañana predicaba de la pasion, y á la tarde se representaba con la mayor viveza el descendimiento de la cruz, con una má-

gen de perfecta estatura, que para el efecto se mandó hacer de goznes; y predicando de este asunto con la mayor devoción y ternura, se colocaba al Señor en una urna y se hacia la procesion del santo entierro. Poníase después en un altar que para este efecto se hallaba preparado, y á la noche se hacia otra procesion de nuestra Señora de la Soledad, que se concluía con una plática de este asunto. El sábado se hacían todas las ceremonias pertenecientes á este día, se bendecía la fuente y bautizaban los neófitos que habia instruidos y dispuestos para ello. El domingo muy de mañana salía la procesion de Jesús resucitado, la cual se hacia con una devota imagen del Señor y otra de la santísima Virgen, y vueltos á la iglesia, se cantaba misa y predicaba el venerable padre de este soberano misterio.

Con tan devotos ejercicios no pudo menos que imprimirse una tierna y grande devoción en aquellos neófitos, y con ella se disponían á celebrar anualmente la Semana Santa, y corriendo la voz por los pueblos de las cercanías que habitaban españoles, venían estos á practicar lo mismo atraídos de lo que oían decir de la devoción de aquellos indios; y luego que lo experimentaron se acostumbraron á concurrir todos los años, mudándose á la mision hasta que pasaba la Pascua.

No fué menor el esmero con que el siervo de Dios procuró atraer á aquellos sus hijos á la devoción del santísimo Sacramento. Instruyólos á que preparasen y adornasen con enramadas el camino por donde habia de transitar la procesion del Corpus. Formábanse cuatro capillas con sus respectivas mesas para que en ellas posase el Señor Sacramentado, y después de cantada en cada una la correspondiente antifona, verso y oracion, se paraba un indio de corta edad que recitaba una loa al divino Sacramento, de las cuales dos eran en castellano y las otras dos en el idioma pame, nacional de ellos, que enternecían y causaban devoción á todos; y restituidos á la iglesia se cantaba la misa y se predicaba el sermón de este sacrosanto misterio.

Con igual cuidado se dedicó á introducirlos en la devoción de María Señora nuestra, y con particularidad á su purísima Concepcion immaculada, previniéndose á celebrarla con la novena, á que asistía todo el pueblo, y en el día de esta gran festividad se cantaba la misa, y predicaba el sermón, y después se entonaban los gozos de la Purísima Concepcion. Todos los domingos por la tarde se rezaba la corona á la Madre de misericordias, concluyéndola con el alabado ó los gozos que se cantaban. Y para mas aficionarlos el venerable padre, pidió de Méjico una imagen de bulto de la dulcísima Señora, que puesta en sus andas, la sacaban en procesion por el pueblo todos los sábados en la noche, alumbrando con faroles y cantando la corona. Luego que entroba en la iglesia se cantaba la *Tota pulchra es Maria*, que tra-

dujo este su amante siervo en castellano, y que aprendieron y entonaban con mucha solemnidad los indios, causando á todos gran ternura, principalmente aquel verso: *Tú eres la honra de nuestro pueblo*, con lo cual les quedó una ardiente devoción á la clementísima Madre.

Asimismo procuró imprimir en sus tiernos corazones la devoción al señor san Miguel arcángel, al santísimo patriarca señor san José, á nuestro serafico padre san Francisco y otros santos, de suerte que quedó aquel pueblo tan instruido y devoto, como si fuera de españoles los mas católicos; debiéndose todo al ardiente celo de nuestro venerable fray Junípero. Y á vista de las laboriosas tareas de este ejemplar prelado, se emulaban santamente sus súbditos, ministros de las otras cuatro misiones, procurando imitarlo en cuanto podían; por cuyos medios quedaron los cinco pueblos como si fueran de cristianos muy antiguos.

Para conseguir este espiritual fruto, principal objeto de la conquista, puso el siervo de Dios en ejecución las instrucciones dadas para el gobierno temporal, luego que llegó á su mision de Santiago Jalpan, poniendo todos los medios posibles para que los indios tuviesen que comer y vestir, para que hiciesen pié en la mision y no se ausentasen de ella por la solicitud de su preciso sustento, para cuyo efecto agenció por medio de síndico el aumento de bueyes, vacas, bestias y ganado menor de pelo y lana, maíz y frijol para poner en corriente alguna siembra, en lo cual se gastó no solo el sobrante de los trescientos pesos de sínodo que daba su majestad á cada ministro para su manutencion, sino tambien la limosna que se podia conseguir por misas y la que ofrecían algunos bienhechores; con lo que en breve tiempo se empezó á lograr alguna cosecha, que cada año se iba aumentando, y diariamente se repetía después de haber rezado la doctrina; y cuando estas á expensas de exquisitas diligencias y bendiciones del cielo fueron creciendo, y eran tan abundantes que sobraba para la manutencion de todos; se instruyó á los indios vendiesen por direccion de los padres misioneros las semillas sobrantes, con cuyo valor se compraron mas yuntas de bueyes, se aumentó la herramienta y demás necesario para las labores.

De Méjico se llevaban frazadas, sayal y otras ropas para que se vistiesen, señalando siempre á los labradores con alguna cosa particular, así por compensarles su especial trabajo, como para que de su vista los otros se inclinasen á este ejercicio, que es el mas pesado y no menos útil.

Á esta importantísima diligencia procuró aplicar tambien á las mujeres é indios pequeños, señalándoles las correspondientes tareas, con consideracion á las fuerzas y capacidad de cada uno, para por este medio apartarlos á todos de la ociosidad en que se habian criado, y envejecido. Asistía siempre uno de los padres personalmente

á las labores, especialmente en los primeros años, así para animarlos como para instruirlos, hasta que se consiguió persona de confianza que los capitanease, y en breve tiempo uno de los mismos indios ya suplia, por estar inteligente; con lo que se lograron abundantes cosechas, el aumento de los bienes de comunidad, y que los naturales se civilizasen mas cada día, aficionándose á hacer sus particulares siembras de maíz, chile, frijol, calabaza, etc., para lo cual señalándoseles pedazos de tierra, se les daba una yunta de bueyes de las de comunidad y semillas para sembrar; cuyos frutos, como que no necesitaban de ellos para comer, pues les sobraba con la racion, vendían, y con su producto se ayudaban á vestir, ó compraban algun caballo, yegua ó mula, todo á direccion del padre que los instruía, para que no fuesen engañados.

Luego que el venerable fray Junípero vió á sus hijos los indios en estado de trabajar con mayor afición que á los principios, trató de que hiciesen una iglesia de mampostería con bastante capacidad para encerrar tanta gente. Propuso su devoto pensamiento á todos aquellos indios, quienes con mucho gusto convinieron en ello, ofreciéndose á acarrear la piedra, que estaba á mano, toda la arena, hacer la cal y mezcla, y servir de peones para administrarlo á los albañiles. Dióse principio á esta obra, trabajando todo el tiempo que no era de aguas ni necesario para las labores del campo, y en el tiempo de siete años quedó concluida una iglesia de cincuenta y tres varas de largo y once de ancho, con correspondiente crucero y cimborrio, y á continuacion de ella la correspondiente sacristía, tambien de bóveda, como asimismo una capilla que se dedicó al Santo Sepulcro, adornándola con imágenes y pasos de la pasion del Señor, para mas aficionarlos á las devotas funciones de la Semana Santa. La iglesia tambien se adornó con retablos, altares y colaterales dorados; y en el coro se puso órgano, buscando maestro que lo enseñase á tocar á los indios en las misas cantadas.

Con el ejercicio de estos trabajos quedaron habilitados de varios oficios, como de albañiles, carpinteros, herreros, pintores, doradores, etc. Y no olvidándose el fervoroso celo del reverendo padre Junípero de apartar del ocio á las mujeres, las empleaba en las correspondientes tareas á su sexo, como hilar, tejer, hacer medias, calcetas, coser, etc. Tambien los instruyó á que fuesen á comerciar á Zimapan, Huasteca y otros lugares, con las semillas que le sobraban, mescal y petates, esto es, cuerdas de ixtle ó pita y esterres de palma fina que hacían, con cuyo producto se compraba algodón, que hilaban y tejían las mujeres, formando mantas para vestirse. Asimismo traían del real de Zimapan frazadas y bayetas para el mismo efecto; con cuya diligencia lo que sobraba del sínodo y de las limosnas de misas se empleaba en pagar los jornales á los albañi-

les; y de tal manera proveyó Dios nuestro Señor, que cuando se finalizó la obra de la iglesia, lejos de deber nada la mision, se hallaba en poder del síndico mas limosna que cuando se principió, y las trojes de maíz proveídas con cinco mil fanegas.

Á imitacion del venerable padre Junípero practicaron lo mismo los misioneros de las otras cuatro misiones, construyendo sus iglesias por el mismo órden que la de Santiago Jalpan, con correspondencia de ámbito á la gente que se juntaba, las que adornaron de lienzos colaterales, vasos sagrados y demás necesarios, logrando en sus terrenos igual abundancia de cosechas, aumento de ganados y bestias, y que quedasen instruidos y civilizados los que antes se congregaron bárbaros y bozales.

CAPITULO VIII.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO DE LOS DOS CAPÍTULOS ANTECEDENTES.

Cuando en este floreciente estado se hallaban las referidas misiones, llamó el reverendo padre guardian del colegio de San Fernando á nuestro venerable fray Junípero para que se alistase á la conquista espiritual de los indios apaches en el rio de San Sabá, y luego que el obediente súbdito recibió la carta, mirándose retratada en su rostro la alegría y regocijo, salió de aquella mision en que habia trabajado nueve años, y dejando á los indios con la instruccion que se ha dicho, se llevó consigo, como despojo del victorioso triunfo que habia conseguido contra el infierno, al principal ídolo que adoraban como Dios aquellos infelices. Este era una cara perfecta de mujer fabricada de *tecale*, que tenían en lo mas alto de una encumbrada sierra, en una casa como adoratorio ó capilla, á la que se subía por una escalera de piedra labrada, por cuyos lados y en el plan de arriba, habia algunos sepulcros de indios principales de aquella nacion pame que antes de morir habian pedido los enterrasen en aquel sitio.

El nombre que daban al referido ídolo en su lengua nativa era el de Cachum, esto es, madre del sol, que veneraban por su Dios. Cuidaba de él un indio viejo que hacia el oficio de ministro del demonio, y á él ocurrían para que pidiese á la madre del sol remedio para las necesidades en que se hallaban, ya de agua para sus siembras ó de salud en sus enfermedades, como tambien para salir bien en sus viajes, guerras que se les ofrecían y conseguir mujer para casarse, que para obtenerla se presentaban delante de dicho viejo con un pliego de papel en blanco, por no saber leer ni escribir, el cual servía como de representacion, y luego que lo recibía el fingido sacerdote se tenían ya por casados. De estos papeles se hallaron shiquihuites ó canastos llenos, juntos con muchísimos idolillos que se dieron al fuego,

menos el citado ídolo principal. A este lo tenía el mencionado viejo (que cuidaba de él) con mucha veneración y asco, y tan tapado y oculto, que á muy pocos lo enseñaba ó dejaba ver, y solo lo hacía á los bárbaros que venían como en romería de largas distancias á tributarle sus votos y obsequios y pedirle remedio para sus necesidades.

Luego que entraron á la conquista los misioneros y se congregaron en las cinco misiones, como queda referido, tuvo gran cuidado el indio de ocultar y esconder su ídolo en una cueva, entre las peñas de aquella elevada sierra. Y habiendo enviado el capitán de los soldados al sargento con un destacamento para quemar todas las casas de los indios que estaban esparcidos por aquellas sierras, á fin de que subsistiesen en el nuevo poblado y llegando á aquel lugar donde estaba la casa que servía de adoratorio ó iglesia para dicho ídolo, le pegaron fuego, ignorando el destino que tenía y aunque por tres ó cuatro ocasiones lo hicieron (según me refirió el mismo sargento) nunca quiso arder, no obstante que era de materias tan combustibles como de palos y zacate, y admirados de esto dijo el referido á sus soldados: "Peguen fuego en nombre de Dios y de su santísima Madre," y repitiendo la diligencia, prendió luego la casa, consumiéndose en un instante, y repararon que salía un grande humo muy fétido y espeso que los dejó asombrados y temerosos sin saber lo que allí había; pero después que ya el venerable padre Junipero sabía el idioma, se averiguó todo lo que va referido, declarándolo los mismos indios ya convertidos, los cuales le entregaron el citado ídolo Cachum, que llevó á nuestro colegio de San Fernando, y entregándolo al reverendo padre guardian, mandó este se pusiera en el cajón del archivo perteneciente á los documentos y papeles de dichas misiones, para memoria de la espiritual conquista.

No obstante la salida del venerable padre, prosiguieron con igual celo y eficacia sus apostólicas empresas los ministros que quedaron en las misiones y los que de nuevo entraron en ellas, para conseguir sus mayores creces, así en lo espiritual como temporal, y hallándolas tan adelantadas como reducidos los indios, fué tanto su aumento, que en poco tiempo ya aquellos cinco pueblos eran la admiración de los que los transitaban y la emulación de los señores curas clérigos de las inmediaciones. En esta atención dispuso nuestro colegio de San Fernando entregarlos al ordinario para que los proveyese de curas seculares, conforme á lo prevenido en las bulas apostólicas del señor Inocencio XI, para lo cual hizo las debidas representaciones al excelentísimo señor virrey marqués de Croix y al ilustrísimo señor arzobispo don Francisco Antonio Lorenzana, y viniendo en ello ambos señores, se hizo la entrega de las referidas misiones en el año de 1770, á los 26 de fundadas, quedando admirados y edificados de lo muy adelantadas que en tan corto tiempo

se hallaban, según les constó por los documentos formados por los jueces eclesiástico y real que fueron comisionados á recibirlas por dichos señores virrey y arzobispo, quienes se dignaron dar las gracias á nuestro colegio por lo que había trabajado en servicio de ambas majestades, como se deja ver en las dos siguientes copias de sus cartas originales.

CARTA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY MARQUÉS DE CROIX.

"La instancia de vuestra reverencia y deseos de 10 de julio próximo pasado, en que solicitaban se pongan sacerdotes seculares en las cinco misiones que han estado á cargo de ese apostólico colegio en la Sierra Gorda, mandé pasar al señor fiscal, y con arreglo á su respuesta he resuelto en decreto de 10 del corriente acceder á la pretension de vuestras reverencias, dándoles las mas expresivas y debidas gracias por el celo con que sus religiosos misioneros han sabido lograr sus apostólicos afanes, y avisar al ilustrísimo señor arzobispo nombre un eclesiástico que se haga cargo de las referidas misiones para proveerlas de curas seculares, como también comisionar á don Vicente Posadas, vecino de Rio-Verde, al recibo de las enunciadas cinco misiones, con orden de que dé documento jurídico á los padres que se hallan en ellas de todo lo que entregaren en cada una, y que no solo no les pongan embargo en que saquen sus libros y todas las cosas de su uso, sino que también los habilite de lo necesario, á fin de que puedan con la comodidad posible restituirse á ese colegio después que se haya practicado el repartimiento de tierras á los indios en la forma que vuestras reverencias me han propuesto, de que les aviso, á efecto que se hallen completamente instruidos y que se verifique el puntual cumplimiento. Dios guarde á vuestras reverencias muchos años. Méjico, 15 de agosto de 1770.—El marqués de Croix.—A los reverendos padres guardian y discretos del apostólico colegio de San Fernando."

CARTA DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO DON FRANCISCO ANTONIO LORENZANA.

"Muy señor mío: El cura y juez eclesiástico de Cadereita me ha dado cuenta con las diligencias que de mi orden practiqué para poner á cargo del clero secular las cinco misiones de Jalpan, Landa, Tilaco, Tancoyol y Conca en la Sierra Gorda, y resultando de ellas el infatigable celo con que han trabajado allí los hijos de ese apostólico colegio, siendo el puntual cumplimiento de su instituto igual al dejarlas que al tomarlas, no puedo menos que manifestar á vuestra reverencia mi gratitud y la obligación

"en que me constituyo de apetecer ocasiones en que servirle.—Nuestro Señor guarde á vuestra reverencia muchos años. Méjico, diciembre 22 de 1770.—Besa la mano de vuestra reverencia, su mas afecto servidor.—Francisco, arzobispo de Méjico.—Reverendo padre guardian y discretos del colegio de San Fernando."

La gloria que al colegio de San Fernando resulta por la entrega de las citadas cinco misiones que en el corto término de 26 años puso en tan buen estado, así espiritual como temporal; el honor que ha conseguido el apostólico instituto y lo mucho que para ello trabajó el venerable padre Junipero en los nueve años seguidos que allí estuvo, según queda expresado, me han estimulado á referir la entrega de ellas y las expresiones afectuosas que hicieron al colegio los dichos excelentísimos é ilustrísimos señores cuando las recibieron y se hallaron informados por los comisionados de la buena instrucción con que se hallaban aquellos indios neófitos, y de la opulencia en que se miraban las citadas misiones, de las que habiendo sido presidente el venerable padre y trabajado tanto desde los principios hasta ponerlas en corriente, lo sacó la obediencia para las de San Sabá antes que se verificase su entrega.

CAPITULO IX.

PASA Á MÉJICO LLAMADO DEL PRELADO PARA LAS MISIONES DE SAN SABÁ, LAS QUE NO TUVIERON EFECTO POR LO QUE SE DIRÁ.

Muchos años tuvo el colegio de la Santa Cruz de Querétaro puesta su pretension para fundar misiones en la belicosa nación de los indios apaches, hasta el año de 1758 en que se consiguió, encomendando su majestad esta conquista al referido colegio de la Santa Cruz y al de San Fernando de Méjico y conviniendo ambos (como tan hermanos) á que de pronto se fundasen dos misiones, una por parte de cada uno, y á la sombra del presidio de cien hombres que se iba á establecer en las vegas del río San Sabá, que dista de Méjico hacia el Norte como cuatrocientas leguas, salieron de nuestro colegio los dos misioneros asignados por el venerable discretorio (de los que voluntariamente se ofrecieron), que fueron los padres fray José Santi Estévan, de la recolección de la provincia de Burgos y convento de Agreda, y fray Juan Andrés, de la recolección de la Concepción.

Llegaron á las misiones del río de San Antonio Béjar, pertenecientes al colegio de Querétaro y distantes como sesenta leguas de San Sabá; demoráronse allí, y se enfermó é imposibilitó de seguir el segundo de los misioneros, con cuyo motivo, habiendo llegado esta noticia al colegio, fué luego nombrado el padre fray Manuel Molina, de la recolección de Valencia, quien luego caminó hasta las misiones de San Antonio, y di-

ciéndole allí que ya su compañero se había marchado con el padre fray Alonso Terreros, del colegio de Querétaro, siguió su viaje hasta el río de San Sabá.

Llegó á este paraje y halló á los citados dos padres que habían dado principio á la misión de la Santa Cruz, á las orillas de dicho río, y á tres leguas cortas del presidio, en donde tenían ya su capilla y algunos cuartos para vivienda, pero aun no se les habían acercado los gentiles. A los quince días de llegado el padre Molina, fueron tantos los que de un golpe se les presentaron, que les pareció no serian menos de mil, todos de guerra, embijados y armados de flechas, lanzas y armas de fuego, por las que inferían ser de la nación cumanche, que tienen ó tenían comercio con los franceses del nuevo Orleans, de quienes las conseguían á trueque de pieles.

Los recibieron los padres con demostraciones de cariño; pero los gentiles, disimulando sus malos intentos, dijeron que venían por la paz de los españoles, pidiendo que uno de los padres fuese con ellos para que no les hiciesen daño. Excusábanse diciéndoles que no era necesario, que les darian papel y serian bien recibidos; no quisieron, sino que instaron fuese un padre con ellos. En vista de esto determinó el padre Terreros el ir, aunque ya creyó iba á recibir la muerte, pues al despedirse de sus compañeros les dijo lo encomendasen á Dios y se encomendasen también, "porque en breve estaremos en la otra vida." Al oír esto el padre Santi Estévan se retiró á un cuartito con el santo Cristo de pecho, y quedó afuera el padre Molina agasajando á los indios y despidiéndose del padre fray Alonso: luego que este se apartó como treinta pasos de las casas, acompañándolo toda la chusma (ó fingiendo hacerlo), le dispararon una arma de fuego, con cuya herida cayó el venerable padre Terreros, y sobre él todos los indios para acabarlo de matar y quitarle el santo hábito.

Viendo esto el padre Molina y que no podía socorrer á su compañero, pues antes de llegar al sitio donde estaba ya habrían hecho con él lo mismo los gentiles, se retiró á la casa, y con él un soldado que había quedado, con la pena de que su compañero el padre Santi Estévan estaba en otro cuarto, sin poderse juntar, y entrando en él los indios le cortaron la cabeza, cuyos golpes oyó desde el otro cuarto el padre Molina, y como desde allí disparaba el soldado, no se atrevieron á arrimarse á aquel sitio y pegaron fuego á la casa. Viéndola el padre arder, se quitó del cuello una cera de Agnus, y echándola á la llama, se apagó de repente el fuego, como si le hubiera echado un río. Luego que los gentiles advirtieron esto, pensaron en arrimarse á la puerta del cuarto; pero en cuanto lo hicieron cayeron ó muertos ó heridos por el soldado, que se portó con militar esfuerzo. Los indios disparaban también, por cuyo motivo le tocó al padre una bala